

pensadores uruguayos: José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira y Clemente Estable. - Esencial contenido filosófico de la obra poética de Carlos Sabat Erceasty. - «Juan María» de José María Delgado. - Más de Ayala: «El loco que yo maté». - Obra poética de Emilio Oribe. 232

ALBERTO LASPLACES. — El federalismo de Artigas y la independencia nacional 271

PAGINAS OLVIDADAS

DAMASO ANTONIO LARRAÑAGA. — Abolición de la pena de muerte ... 299

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — Julio Herrera y Reissig traducido al inglés. - Por la gloria de Horacio Quiroga. - El «Viejo Pancho» glorificado en España. - Nuestros poetas en el exterior. - Los autores nacionales en el cinema

REVISTA ARTISTICA. — Las artes plásticas uruguayas en París. - Nuevos monumentos en la Capital. - El X Salón Nacional. - La pintura uruguaya en Chile y en Brasil. - Juan Manuel Ferrari «El Olvidado» 306

REVISTA ANECDOTICA. — Un balance parlamentario. - Diálogo histórico. - Las grandes frases. - El español de Víctor Hugo. 310

BIBLIOGRAFIA. — «Conceptos sobre el idioma», por Carlos Martínez Vigil; «Sangre de mi silencio», poemas por Hugo Petraglia Aguirre; «Historia de la influencia británica en el Río de la Plata y especialmente en el Uruguay», por Leopoldo Pérez Rodríguez, Rafael Addiego Bruno y Washington Duarte de Martino; «Homenaje del comercio, la industria y la producción al señor Embajador de los Estados Unidos de América don William Dawson con motivo de su alejamiento del país»; «Emancipación económica americana», por Carlos A. Warren; «Boletín de la Academia Nacional de Letras», tomo I, N° 1. 313

N° 99 — MARZO — 1946

JUAN JOSE CARBAJAL VICTORICA. — En el X Salón Nacional de Bellas Artes 321

CARLOS MARTINEZ VIGIL
ELENA ROSSI DELUCCHI
ANDRES ELOY DE LA ROSA
RAFAEL LARCO HERRERA
LAZARO SEIGEL } Homenaje al poeta General Edgardo Ubaldo Genta 324

EDGARDO UBALDO GENTA. — Discurso en el homenaje 339

EDGARDO UBALDO GENTA. — «Los Mayas» y «El epílogo de Dios» .. 344

SANTIAGO GASTALDI. — Telón de fondo musical a la épica de Genta.. 355

CLOTILDE LUISI DE PODESTA. — Gabriela Mistral 372

NOEL A. MANCEBO. — El discurso de Urania 389

MAURICIO CRAVOTTO. — Versión de una intimidad 411

ALBERTO RUSCONI. — Un aspecto insólito en la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira 415

ISABEL SESTO DE SOSA. — Ensayos: Walt Whitman.—«La Vorágine» de Eustasio Rivera.—«El Dr. Arrowsmith» de Sinclair Lewis 425

PAGINAS OLVIDADAS

PEDRO S. LAMAS. — Recuerdos acerca de D. Andrés Lamas 446

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA LITERARIA. — Los premios oficiales de literatura correspondientes a la producción de 1945.—Cuba dona al Uruguay un busto de en América. 463

REVISTA ARTISTICA. — El X Salón Anual.—Premios oficiales de música a la producción de 1945	468
REVISTA CIENTIFICA. — El Museo Municipal Alberto Gómez Ruano.— El profesor Navarro en la Escuela de Medicina de París.—José H. Figueira	471
BIBLIOGRAFIA. — «Antología» de Esther de Cáceres; «Informe. Tercera Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Lima, 1941», por Buenaventura Caviglia (h); «Rincón de Beatriz», por Beatriz Márquez; «La Defensa del Idioma», por Alberto Rusconi; «Sombras y Estrellas», por Rosa Blanca Menéndez; «Leyendas del Terruño», por Juan Carlos Pedemonte	474
INDICE DEL TOMO XXXIII	479

ALBERTO GOMEZ RUANO

Uno de los últimos días de agosto de 1924 un pequeño cortejo acompañó hasta el cementerio los restos de Alberto Gómez Ruano. Casi todos los que caminábamos detrás del féretro éramos antiguos discípulos del muerto, discípulos de los buenos tiempos en que la Universidad ocupaba el viejo caserón de la calle Queguay. Hoy ya no existe la vetusta casa, y sería inútil buscar la calle Queguay en la nomenclatura de Montevideo; de tal manera cambian las cosas en la ciudad. El progreso no tiene corazón y todo lo destruye: objetos, nombres, recuerdos. La casa de la calle Queguay ha quedado, sin embargo, impresa en mi memoria, con su patio enlosado, sus dos órdenes de galerías, sus aulas hondas y oscuras; como conservo el recuerdo de nuestras correrías infantiles por el barrio universitario, frontero a la estación Central y a la ribera de la bahía.

Gómez Ruano enseñaba geografía física y concurríamos a aquel principio de curso con el texto de Barros Arana bajo el brazo. También se ha ido el Barros Arana en 4º con sus cautivantes capítulos sobre la formación de la tierra, las mareas y los vientos, los ríos y los volcanes, y la descripción de las erupciones del Orizaba y el Jorullo. Aquella clase era fácil y divertida y todos sentíamos, naturalmente, predilección por ella. No era menester estudiar, ni siquiera conocer la lección. El profesor, obligado por sus achaques, faltaba muy a menudo y, cuando concurría al aula, él se lo hablaba todo. Ni interrogaba ni pedía cuenta del capítulo señalado. Ocupaba la cátedra, miraba vagamente a sus oyentes, y abría en seguida el dique de su verba afluyente, coloreada, chispeante, que a veces llegaba a la elocuencia. Interpolaba en sus disertaciones, pintorescas reminiscencias de sus lecturas de Humboldt, de Darwin, de D'Orbigny, de Saint Hilaire, y solía tenernos suspensos con sus relatos de viajes y aventuras y sus animadas descripciones de los países y lugares que había visitado.

Así hacía su curso, entre disertaciones, comentarios, anécdotas, rasgos de humorismo y terribles admoniciones cuando sus debilitados oídos advertían el rumor de la gresca estudiantil que bullía en las altas tribunas del fondo. Claro que entre estos cien universitarios de doce a quince años no faltaba un numeroso grupo subversivo que se distribuía estratégicamente para operar al amparo de la sordera y la miopía del profesor. Los incidentes cobraban caracteres alarmantes cuando Gómez Ruano, que era muy dado a las experiencias de laboratorio, caía en la tentación de hacer demostraciones prácticas con los aparatos que el bedel traía del gabinete de física. Aquellos experimentos no siempre terminaron bien, con gran júbilo de los sediciosos

y gran disgusto de los que admirábamos al sabio profesor y escuchábamos embebidos sus lecciones.

Para éstos, que éramos los más, Gómez Ruano fué una figura romancesca. Leíamos entonces apasionadamente a Julio Verne y muchas veces identificábamos a nuestro profesor con los personajes del encantador novelista francés. Ya veíamos en él al enigmático capitán Nemo, ya al audaz doctor Fergusson, ya al intrépido Héctor Servadac, ya al valeroso capitán Hatteras, sin que faltara en aquellos caprichosos avatares la figura de aquel misterioso viajero de los aires que, una tarde de 1848, se posó en el obelisco de la plaza de la Concordia ante el estupor de la población parisiense.

Todas estas imaginaciones eran producto de la impresión que producía la vida un poco enigmática del profesor; sus viajes, sus aventuras, su afición a las ciencias físiconaturales, los experimentos de laboratorio y gabinete a que dedicaba parte de su tiempo. Su aspecto físico estimulaba también estas fantasías. En su frente amplia y en su vaga mirada de míope creíamos adivinar la huella de las largas vigiliadas pasadas sobre el microscopio, las retortas y los alambiques. Su cuerpo, alto y enjuto, parecía agobiado por la fatiga de los largos viajes. Completaban el retrato su cabellera ensortijada, su rubia barba de sabio, su cortesía caballeresca y cierto aire de melancolía que se adivinaba en toda su persona. En aquella época se le veía por las tardes recorrer a caballo las avenidas de la ciudad, vestido como un *gentleman* de la antigua escuela, con galera de copa, *jaquet* de montar y botas inglesas. Frecuentaba la mejor sociedad, y su ciencia, como la de Fonteneille, había tomado un vivo tono mundano. El también, como el sabio de las «Conversaciones», hizo su pequeño curso sentimental, y enseñó a las damas, en un aristocrático parque, bajo el cielo estrellado, astronomía y matemáticas celestes.

*
* *

Gómez Ruano era hijo de don Andrés Gómez, soldado de Ituzaingó y antiguo general de la república que dedicó sus ocios a redactar sus memorias y a escribir pulcramente pequeños manuales de táctica militar. Esta estirpe de los Gómez dió varios hombres ilustres al Uruguay. El fundador de la familia, don Roque Antonio Gómez, mag-nate y mercader español de la época colonial, no pudo transmitir su rancia fidelidad al rey a la numerosa prole. Cierta día, durante el sitio de 1812, el viejo realista sorprendió en el corral de la casa solarienga de la plaza Matriz a sus hijos, casi niños, que se ejercitaban en el manejo del fusil. Interrogado el menor de ellos sobre el motivo de aquellos aprestos marciales contestó ingenuamente que se estaban ensayando para «matar godos». Uno de estos niños fué, luego, el general Don Leandro Gómez, héroe sacrificado sobre los humeantes

escombros de Paysandú; otro fué don Juan Ramón Gómez, ministro de Don Venancio Flores; otro fué el padre de Gómez Ruano.

Gómez Ruano nació al rayar el año 1858, en momentos de honda inquietud para sus progenitores. Su padre, ministro entonces del presidente Pereira, acababa de refrendar el decreto de ejecución de los prisioneros de Quinteros, y a él alcanzaba la terrible responsabilidad de la hecatombe. El niño nació ciego y permaneció sumido en las tinieblas hasta los once años. Esta infancia sin luz se vió atormentada, además, por dolorosas enfermedades. La larga noche hizo de él un niño triste y replegado sobre sí mismo; exacerbó su exquisita sensibilidad y dejó en su alma huella de incurable melancolía; pero en cambio le unió más estrechamente a su madre, doña Petronila Ruano, hija de antigua familia porteña, sobrina de don Valentín Alsina y descendiente de un antiguo repartidor de tierras reales del virreinato. Esta mujer de raros dotes cultivó el doliente corazón y la aguda inteligencia de aquel niño delicado y sensible, cuyo temperamento estaba en crisis de lágrimas cuando su madre leía en alta voz, en las veladas del hogar, las novelas de Walter Scott y de Dickens. Desde las tinieblas escuchó el niño las cotidianas lecciones de sus padres y de ellos recibió esa herencia de enseñanzas, ejemplos, recuerdos y tradiciones que sólo se recoge en la íntima comunión de la familia. Las cataratas congénitas operadas cuando se anunció la pubertad dejaron por fin pasar la luz, y ésta fué para él una embriaguez, una nueva vida. Cuando se piensa en este niño de once años, ciego, en cuyos ojos se hace la luz, ya no impresiona aquel grito de admiración que lanzó Ampere hombre, al mirar por primera vez a través de los lentes y contemplar el espectáculo de la naturaleza que hasta entonces no habían sospechado sus apagadas pupilas.

Aquella ardiente embriaguez de la luz se tornó en una insaciable sed de ver, de saber, de penetrar las causas de las cosas y de los hechos, y determinó en el hombre que iba naciendo en el niño una irresistible vocación científica. Se entregó entonces frenéticamente al estudio de la naturaleza y de los libros. Leyó, observó e investigó sin descanso. Obras de imaginación y obras de ciencia pasaron bajo sus ojos. Las matemáticas, las ciencias naturales y físicoquímicas, la biología, la astronomía, la historia llenaron casi todas sus horas. Pasaba días enteros en su improvisado laboratorio, entre libros, instrumentos y retortas; construía aparatos de física; dibujaba, torpe pero expresivamente, planos de máquinas, cartas geográficas, planchas astronómicas y luego se lanzaba a los campos en busca de insectos o a herborizar con el atlas de Linneo bajo el brazo. Recorría campos y bosques, y cuando el cansancio lo rendía se sentaba sobre el césped, bajo los árboles, sacaba del bolsillo «El pájaro» o «El insecto» de Michelet, y se sumergía en la honda y cordial poesía de la naturaleza. En estas ingenuas correrías científicas sus ojos bebieron la luz a torrentes y compensaron así la larga noche de la ceguera infantil.



Sus veinte años coincidieron con el movimiento de renovación científica y filosófica de que fueron centro la Sociedad Universitaria y El Ateneo cuando el dictador Latorre clausuró la Universidad oficial. Hasta entonces la lucha de ideas no había salido del campo metafísico, y los principios seculares no habían tenido más impugnadores que algunos tímidos lectores de Kant y de Hegel, y algunos krausistas formados en la propaganda de don Jacinto Albistur en «El Siglo». El positivismo se opoderó de la Universidad libre y con él despertó una inquieta e insaciable curiosidad intelectual. Nos invadió y asedió la filosofía libresca, esa forma de pseudociencia que ha sido bautizada con este expresivo neologismo: «cientificismo». Las fórmulas y definiciones positivistas se pusieron a la moda. Se estudió a Comte y Littré, pero sobre todo se estudió a Darwin y a Haeckel; se habló de evolucionismo, del determinismo vital de Claude Bernard, y para estudiar al hombre y a la sociedad se estudió la zoología, la paleontología, la física, la química, la biología. El determinismo invadió el dominio de la fenomenalidad psicológica, la desdeñada metafísica fué relegada al museo de las cosas pasadas, y las ciencias naturales se confundieron con las ciencias morales. Aquellos eran los días en que Taine afirmaba que la inteligencia es un producto como el vitriolo.

El idealismo de Gómez Ruano tuvo que afrontar la ruda prueba de esta cultura científica. Pero en él, como en otros hombres de su generación, el áspero vino de la filosofía positivista perdió su agraz al contacto del idealismo poético. Estaba aún encendida la hoguera romántica y este joven sabio, embebido de ciencia positiva y experimental, lloraba con Lamartine, leía secretamente a Bécquer y, a pesar de la físicoquímica y de la biología, conservaba pura la fuente del sentimiento e inmune su concepción espiritualista de la vida.

Más que un sabio o un investigador, Gómez Ruano fué un divulgador de los conocimientos científicos, pero un divulgador poeta. Él quería la ciencia convertida en imagen, coloreada por el sentimiento, animada por la poesía. Como Alfredo Capus soñaba con un ensayo de matemática ilustrado con bellas estampas, bellas historias, risueñas anécdotas e ingeniosos cuentos. Para él la física, la química, la geografía, la astronomía tenían un alma, una forma, un lenguaje tan expresivo y animado como lo tienen las ficciones de la literatura y las narraciones de la historia. No era de la raza de los Laplace y los Cuvier, hombres positivos, espíritus áridos; él pertenecía más bien a la raza de los Linneo, los Buffon, los Humboldt, los Ampere, sabios de corazón caliente, de sensibilidad delicada, de imaginación pintoresca, que supieron conciliar la ciencia con el sentimiento, y no proscibieron la poesía de sus gabinetes. Él vivía sumergido en la honda poesía del mundo infinitamente pequeño y del mundo infinitamente grande. Su imaginación animaba el misterio que aparece revelado detrás del

lente del microscopio, y ese otro misterio de los mundos celestes que llega en suaves ondas de luz hasta los cristales del telescopio. La electricidad, los secretos del éter, el maravilloso mundo de la química y de la biología abrían infinitos horizontes a su saber y a su fiebre de investigación, pero sobre todo eran acicate para su fantasía.



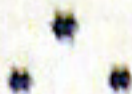
Así amaba la ciencia, pero la quería también como la quiso Tissandier, como la quiere Flammarion, al alcance de todos. Su constante sueño fué la vulgarización científica. Soñaba con escribir libros como las «Conversaciones» y los «Mundos», de Fontelle. Sostenía que la ciencia es para los sabios, pero que es también, y sobre todo, para los ignorantes, y que es obra de misericordia revelarla, llana y sencillamente, como lo hicieron en parte de sus libros Cuvier y Buffon. En su biblioteca, junto a las obras didácticas, agrupaba esos encantadores libros de vulgarización que hacen las delicias de los hombres y de los niños. De las obras de vulgarización prefería las que plantean alguna cuestión científica. Aun no escribía Wells, ni se habían popularizado los folletines de Max Pimberton y Leroux, pero él conservaba agrupadas, con el repertorio de Verne, «La perla negra», de Sardou, «Un asesino», de Claretie, «Spirita», de Gautier, «Urania», de Flammarion.

Su obra fué la objetivación de este concepto científico. No tuvo tiempo de escribir libros esenciales, pero creó instituciones de cultura popular y enseñó en la universidad y en los liceos, con un método personal, la geografía, la física, la química, la astronomía, la meteorología, disciplina desconocida, esta última, para la cátedra de Montevideo, a la que consagró muchos años de su vida.

El Museo y Biblioteca Pedagógicos, institución oficial creada y fundada por él en 1889, fué su obra maestra. Es este un gran gabinete experimental de ciencia popular. Hay allí una copiosa biblioteca circulante en que se han agrupado las mejores obras del ingenio humano, y una biblioteca didáctica, donde se hallan todas las obras que tienen relación con la enseñanza y sus disciplinas. Pero hay, sobre todo, vastos salones, donde el genio creador y organizador de Gómez Ruano distribuyó y clasificó el material de enseñanza objetiva para ponerlo al alcance de pedagogos, maestros, estudiantes y simples curiosos. Moblaje y menaje escolar, planchas murales, piezas anatómicas, ejemplares zoológicos, pequeños gabinetes de ciencias físicas y naturales, modelos plásticos para la enseñanza del dibujo, exposición de métodos para la disciplina del trabajo manual, demostraciones objetivas de los problemas de higiene escolar, reliquias de la historia pedagógica, evocación de métodos y sistemas de enseñanza del pasado, todo está allí sabiamente dispuesto para el estudio experimental. Allí van los profesores y maestros, allí van las escuelas corporativamente a hacer cursillos prácticos y experimentales sobre el modelo vivo. Y allí se

dan conferencias de divulgación científica con proyecciones luminosas, en un hermoso salón que Gómez Ruano decoró con los bustos de pedagogos y educadores ilustres del Uruguay.

Este hombre de ciencia estableció también los primeros observatorios meteorológicos oficiales del país, y fundó y dirigió el Servicio Meteorológico Nacional, vasta obra de coordinación de observaciones que llegó a contar varias estaciones meteorológicas de primer orden, provistas de los instrumentos más perfectos y una red completa de estaciones pluviométricas que ha alimentado durante más de un cuarto de siglo, con sus observaciones, la estadística científica del país.



La historia nacional fué una de las grandes pasiones de la vida de Gómez Ruano. Si no fué historiador, fué tradiconalista, y en esto fué un precursor del gusto por lo colonial que ha invadido a las clases cultas del Río de la Plata. Su vocación por la historia derivó de su férvido patriotismo y de los estímulos que halló en el hogar. El creía, como Menéndez y Pelayo, que el pueblo que no sabe su historia está condenado a irrevocable muerte, y por ello se consagró a investigar el pasado y a exhibirlo a sus compatriotas.

A la manera de aquel gran pensador, concebía la historia como una creación viva y orgánica. Nadie tuvo acaso, entre nosotros, como él «esa especie de imaginación retrospectiva» que el mismo Menéndez y Pelayo exigía para el hallazgo de la verdad histórica. Pero esta imaginación estaba severamente vigilada por su agudo sentido crítico. Cuando Sainte-Beuve le reveló que Lamartine, a quien tanto admiraba, tenía el don de la inexactitud histórica, tuvo una de las grandes decepciones de su vida. El creía en la virtud de la probidad literaria e histórica y, si a veces, su imaginación poética se adelantaba a la verdad por aquel proceso de intuición inconsciente de que habla Platón, muy luego buscaba la comprobación científica de lo que había adivinado o presentido.

La historia escrita que realizó está aún inédita, porque el pudor de la publicidad fué en él casi una fobia; pero, en cambio, ha legado a su país la historia viva y palpitante de Montevideo, con la institución que se llama Museo Municipal y que hoy lleva su nombre. El fué su creador y director, y fué él quien hizo construir el hermoso edificio que se levanta en el Prado.

Es este un museo anecdótico que recuerda al Museo Romántico de Madrid. Todo habla allí a la imaginación: los pequeños modelos de construcciones coloniales con sus techos de teja y sus ventanas enrejadas; los muebles y objetos que evocan los viejos interiores de la familia platense; los pintorescos maniqués que visten uniformes militares, trajes talares, lujosas ropas de seda de cabildantes y dignatarios, modestas capas de simples vecinos de la pequeña ciudad de

antano que este poeta de la historia hizo renacer de sus ruinas con sus tradiciones y recuerdos, con su aspecto físico, sus perspectivas urbanas, su cultura social, sus costumbres, sus preocupaciones, sus escenas características. Allí se halla también la reconstrucción plástica de la ciudadela de Montevideo, ejecutada en madera a perfecta escala, verdadera obra maestra del género en que Gómez Ruano trabajó veinte años. Junto a ella está el Fuerte de Gobierno, el Portón de San Pedro, con sus estacadas y su cortina de murallas, las bóvedas, el antiguo cuartel de ingenieros, todos los monumentos desaparecidos del antiguo régimen. Todo está allí, en aquel ambiente de fervor y poesía que Gómez Ruano creó para estas formas inertes que parecían animarse y vivir cuando la cálida palabra del maestro resonaba en las salas del museo.



Yo fui, hace ya mucho tiempo, confidente e interlocutor de Gómez Ruano durante cinco años. Todos los días nos sentábamos frente a una de las ventanas del Museo Pedagógico que se abren sobre la Plaza Cagancha, y durante largas horas oía a aquel conversador extraordinario. Fué un curso de cultura universal que recuerdo hoy con viva emoción y gratitud. Gómez Ruano me habló entonces de todo lo que había atesorado y soñado en su vida de hombre de ciencia.

Llegaba en aquella época a la cincuentena y los achaques físicos habían hecho de él un misántropo amargado y mordaz, pero no desencantado, pues conservaba intacto su romanticismo y ese como candor de sentimiento que fué patrimonio de la generación a que pertenecía. Vivía solo y triste, encerrado dentro de sí mismo, casi ciego, y terriblemente sordo. Ni la amistad ni el amor contaban ya en su vida. Más que del presente, vivía de los recuerdos del pasado. Pero seguía trabajando serena y ahincadamente.

Así murió. Fué enterrado en silencio, como había vivido sus últimos veinte años. Apenas si, como tributo póstumo a este hijo de soldado, y obedeciendo a un deseo que expresó poco antes del último tránsito, los cadetes de la Escuela Militar que oyeron sus lecciones condujeron a pulso el ataúd hasta el panteón de sus mayores. Pero el humo de la pólvora no sahumó su tumba ni sobre ella se alzó el elogio de la palabra humana.